

BOLETIN



ECLESIAÍSTICO

DEL

OBISPADO DE ASTORGA.

SECRETARÍA DE CÁMARA.

*Continúa la suscripcion de donativos voluntarios abierta en esta diócesis á favor de la Santa Sede.*

Reales. Mrs.

SUMA ANTERIOR. . 420.529 11

El párroco de Solveira, sus- cripcion del año actual. . .	72
Br. D. Celestino Sanchez, ecónomo de Santa Marta de esta ciudad, id. id. . .	60
Un feligres de id. . .	100
Del cepillo de id. . .	25

SUMA. . . 420.786 11

*(Se continuará.)*

Astorga 15 de Diciembre de 1868.

Agustin Pio de Llano, *Secretario.*

«Por la sana doctrina que contiene, por los oportunos consejos que en ella se dan, y por la dulce esperanza que

toda ella respira, creemos muy digna de ser leida la siguiente

CARTA PASTORAL

DEL EXCMO. É ILTMO. SR. ARZOBISPO DE ZARAGOZA, Á SUS AMADOS DIOCESANOS.

No es la primera vez, venerables hermanos é hijos muy amados, que al acercarse el santo tiempo del Adviento, que nuestra Madre la Iglesia ha mirado siempre como destinado muy especialmente á la oracion y á la penitencia, hemos procurado exhortaros con todo celo á que por medio de la práctica de toda clase de obras buenas os prepareis á celebrar dignamente el nacimiento del Salvador, clamando con las palabras del Profeta: *Preparad el camino del Señor, haced derechas sus sendas.* Porque siendo este divino nacimiento uno de los primeros misterios del cristianismo; siendo el que trajo por primera vez al mundo la buena nueva, y el que hizo clamar á

los ángeles: *¡Gloria en las alturas á Dios, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad!* justo es que los hombres agradecidos se dispongan convenientemente á recordarle, y se esfuercen por celebrar santamente la memoria de misterio tan santo. Así es que la Iglesia, dirigida siempre por el Espíritu de Dios, la Iglesia, que ordinariamente se contenta con prescribir un sólo dia de vigilia, es decir, un dia de retiro, de oracion y de ayuno para celebrar otras fiestas, .no señala menos de tres ó cuatro semanas para para prepararse á la celebracion de esta. Tres ó cuatro semanas de vigilia continua, que esto viene á ser el Adviento, tres ó cuatro semanas, en que, si no se ha impuesto, como en la cuaresma, un precepto general de ayuno á los fieles, no por eso se ha dejado de recomendar y aun practicar en varias iglesias particulares, y por la generalidad de las congregaciones religiosas; y en todas partes y en todos tiempos se ha intimado con particular empeño en este tiempo el deber de mortificar nuestros cuerpos, de recoger dentro de nosotros mismos, de multiplicar las oraciones á Dios, y reconocer, confesar y pedir con lágrimas el perdón de los pecados.

Pero en el año actual tenemos además otros dos motivos especialísimos que nos obligan imperiosamente á dirigir nuestra palabra, y son: primero, los ayunos obligatorios trasladados á este tiempo de Adviento en virtud del decreto pontificio sobre reduccion de fiestas; y segundo, las circunstancias enteramente nuevas, difíciles y extraordinarias en que nos hallamos á

consecuencia de los acontecimientos de setiembre.

Pues en cuanto á lo primero, ya recordareis, venerables hermanos é hijos, que Nuestro Santísimo Padre Pio IX, accediendo benignamente á las vivas y repetidas instancias de nuestro católico gobierno, se dignó suprimir, entre otras fiestas de precepto de oír misa, la de los Apóstoles San Matias, San Bartolome, San Mateo, San Simon y San Judas, San Andrés y Santo Tomás, así como la del mártir San Lorenzo, y la del doble precepto de la Natividad de San Juan Bautista. Pero al suprimir dichas fiestas, ó mas bien al dispensar en ellas los preceptos de oír misa y de no trabajar, quiso también remitir la obligacion del ayuno en sus respectivas vigiliass, á no ser que algunas de ellas coincidiese con los dias de Cuaresma ó con las tómporas del año, pero con la precisa condicion de que los ayunos de las tales vigiliass sean sustituidos por los de todos los viernes y sábados de Adviento

Cumplimos, pues, con un deber sagrado de nuestro ministerio al recordar é intimar á todos los fieles que no tengan causa legítima que los escuse, la obligacion del ayuno en dichos viernes y sábados de Adviento, en la misma forma y con la misma abstinencia de carnes que los demas ayunos del año; añadiendo, para quitar toda duda, que aun los que por razon de la edad ó de otra causa legítima estén dispensados del ayuno, no lo están por eso de la abstinencia, á no tener el privilegio del indulto, ó mediar una verdadera necesidad, como tampoco

lo estaban antes en las vigili-  
as mencionadas.

Persuadidos estamos, venerables  
hermanos, de que todos acatareis y  
aceptareis esta sustitucion, no solo con  
la docilidad y obediencia debidas al  
Vicario de Jesucristo en la tierra, si-  
no tambien con tanto mejor voluntad,  
cuanto en la presente estacion la bre-  
vedad de los dias y las menores fati-  
gas del trabajo facilitan y allanan el  
cumplimiento del precepto. Y en ver-  
dad que es menester ser muy poco  
mortificados para rehusar dos dias de  
ayuno en cada semana de Adviento,  
cuando ya antes los practicaban mu-  
chisimos fieles por devocion: cuando  
la trompeta del juicio final que la  
Iglesia hace sonar desde el primer  
domingo, debe escitar y alentar aun  
á los cristianos mas tibios: cuando el  
ejemplo y las palabras del Bautista,  
que tambien se nos presenta en esos  
dias haciendo y predicando penitencia  
en las riberas del Jordan, deben en-  
fervorizar á todos; y cuando por otra  
parte urge sobre manera, urge, cual  
nunca, desarmar con buenas obras la  
Justicia divina provocada por nuestros  
pecados, y prepararnos á grandes  
combates para sostener nuestra fe. Y  
hénos aquí en el último punto que nos  
hemos propuesto tocar en esta carta;  
las circunstancias enteramente nue-  
vas, difíciles y estraordinarias que  
hoy nos rodean.

No hay para que callar ni disimular  
lo que vemos. La Iglesia de España  
ha experimentado una gravísima sa-  
cudida con los recientes acontecimien-  
tos. Si el objeto primordial de la re-  
volucion no ha sido turbarla, lo cierto

es que á su impulso se ha visto de re-  
pente desnuda de las defensas estero-  
res que la cubrian. No intentamos  
acusar á nadie; pero debemos hacer  
constar el hecho. Proclamada por el  
gobierno provisional la tolerancia, y  
aun la libertad de cultos, la Iglesia  
católica de España no puede apoyarse  
ni puede contar ya con esa antigua y  
tradicional proteccion, mas ó menos  
eficaz, mas ó menos sincera; pero que  
cohibia á lo menos los ataques mas  
violentos de la impiedad y la hetero-  
doxia. Hoy tiene que concentrarse  
dentro de si misma; tiene que luchar  
con las armas solas que le da su cons-  
titucion íntima, esencial, divina. Con  
ellas se ha sostenido á la verdad en su  
cuna: con ellas ha luchado victoriosa-  
mente durante siglos de crueles per-  
secuciones; y con ellas lucha y pro-  
gresará maravillosamente ahora mismo  
en las naciones infieles y en las nacio-  
nes dominadas por la herejia.

No temais, amados míos, por su  
suerte. Vive y vivirá de su vida pro-  
pia; vivirá de sí misma, aunque la  
abandonen los gobiernos todos: por-  
que su divino Fundador está con ella  
hasta la consumacion de los siglos.  
Vive y se sostendrá, no solo sin el  
apoyo de los poderes de la tierra, mas  
tambien á su pesar y contra todo gé-  
nero de ataques y de enemigos, por-  
que está escrito que «las puertas del  
infierno no prevalecerán contra ella.»  
Y si bien es cierto que estas promesas  
hablan con la Iglesia en general, y  
no con una porcion determinada, con-  
tenida en estos ó en los otros límites;  
si bien es cierto que tal vez emigra  
de gente en gente y de reino en reino,

y que no basta decir: «Somos hijos de Abraham; somos un pueblo escogido:» porque el Señor abandona á los que no dan frutos, y tiene en su mano el sacar nuevos hijos de las mismas piedras, con todo, no creemos tan desgraciada aun la nacion española para que debamos temer que el catolicismo la abandone. No en vano ha fijado en ella su planta la soberana Reina de los ángeles. No en vano descansan en ella las cenizas de su inmortal patrono Santiago. No en vano la escogió el Salvador para llevar por su medio el Evangelio á todo un nuevo mundo y á las comarcas é islas mas lejanas del antiguo. Viven delante de Dios y abogan sin cesar por esta Iglesia los mártires innumerables de sus persecuciones: viven y abogan por la estabilidad de su fé los padres y doctores ilustres que abatieron y anonadaron las herejias mas formidables, los que hundieron el arrianismo en Toledo, el maniqueismo en el Languedoc, el mahometismo en Lepanto; y los fundadores principales de esos institutos apostólicos, ornamento de la Iglesia universal y propagadores infatigables del Evangelio en los países infieles.

No temais, pues, os diremos llenos de santa confianza, por la conservacion de la Iglesia española, cualesquiera que sean las pruebas que el Señor le tenga reservadas. Vendrán sin duda sectarios entre vosotros á predicar la religion de una Biblia que han adulterado y en la cual no creen. Vendrán judíos, *sin sacerdocio, hostia, ni sacrificio*, pero que en cambio sacrificarán á no pocos con sus usuras. Vendrán islamitas sensuales y dog-

matizantes orgullosos, cuyo Dios es el vientre, y cuyo fin la ruina de vuestras creencias y la destruccion de vuestras esperanzas y consuelos... ¿Qué podrán todos ellos contra la posesion de diez y ocho siglos de una religion que en *su unidad, santidad y perpetuidad* ostenta los caracteres del mismo Dios, que es UNO, SANTO, INMORTAL? ¿Qué podrán contra la fe en Jesucristo que es de *ayer, de hoy y de los siglos todos*, contra la fe en Dios *que no se muda, que es siempre el mismo*, los que cambian de creencias como de vestidos, los que se apartaron de la Iglesia negando lo que antes creian, y negaron despues lo que al separarse admitieron. y negáronse otra vez y otras cien veces á sí mismos, y no han logrado todavía ponerse acordes, ni mantenerse firmes sobre un solo artículo, ni sobre la inspiracion de la Biblia, aunque la repartan á manos llenas, ni sobre la existencia de Cristo, por mas que aun lleven su nombre, ni sobre la personalidad del mismo Dios á quien desconocen ó confunden con la materia, ó le hacen un ser apático, indolente, que no cuida del bien ni del mal, no castiga ni premia, ni hace ningun caso de las criaturas?

No; no creemos capaces á semejantes predicados de inocularos sus creencias, porque no las tienen. No los creemos capaces de convertir á ningun verdadero católico en sincero luterano, calvinista, zuingliano, adorador de Mahoma ó vano espectador del Mesías, porque ni ellos en verdad lo son. Pero ¡ay...! ¿dejarán por eso sus escándalos y libres predicaciones

de ser un mal, un peligro, una gravísima calamidad entre nosotros? ¿Dejarán de poner en riesgo la salvación de muchas almas, ni de llevar la discordia á muchas familias, ni de enervar el vigor nacional, destruyendo el lazo mas fuerte que nos unia, un sentimiento y un lenguaje religioso edénticos, un Dios, una fe, un bautismo? Cuando en medio de las discordias civiles que desde largos años nos agitan, en medio de esa lucha de partidos, ideas é intereses encontrados, y aun de conflagraciones sangrientas, observábamos, sin embargo que al llegar una solemnidad religiosa todos entraban en el mismo templo, todos se prosternaban ante el mismo altar, todos escuchaban el mismo Evangelio, esperaban la misma bendición, recibían la misma paz, nuestro pecho oprimido respiraba: era la tregua de Dios que suspendía todas las querellas: era el bálsamo que calmaba todos los dolores, y era una prenda segura de que al fin nos entenderíamos todos y formaríamos un cuerpo compacto, si un peligro común nos amenazase. Mas si mañana, por efecto de esa propaganda de estraños, ó por nuestra ligereza propia, nos dividiésemos tambien en religion; si tuviésemos la desgracia de ver que una parte de nuestros amados diocesanos se separaban de nuestro redil, y seducidos ó llevados de la vanidad por creerlo de moda, ó por darse aire de pensadores libres, ya no entraban en esa santa capilla, ni invocaban á nuestra Patrona; y, lo que es peor, levantaban templo contra templo, altar contra altar, nuestro desconsuelo

no tendria medida... nos espanta el pensarlo. . deseamos que nuestros ojos se cierren antes á la luz.

No tememos, lo hemos dicho ya, los argumentos de los propagandistas, ni que sean capaces de ganarse verdaderos prosélitos. Pero los que no pueden edificar, pueden muy bien destruir. Los que no tienen creencias positivas para inocularlas en otros tienen harta dosis de escepticismo para hacer vacilar las creencias ajenas. Los cadáveres no pueden engendrar hijos, porque carecen de vida; pero pueden matar á los vivos con su misma hediondez y putrefaccion.

Hay ademas de esto dos cosas que favorecen la propaganda del error, y ocasionarán sin duda muchas caídas: son los pocos conocimientos que se tienen generalmente sobre la religion, y la mucha tibieza y aun desden con que se vienen observando sus preceptos. Hay en primer lugar mucha ignorancia de la religion en una gran parte del pueblo. Y cuando decimos *pueblo*, no nos referimos solo á esa clase numerosa que vive del trabajo material, y apenas tiene tiempo para instruirse, sino tambien á muchas personas de posicion y de letras, que, sin embargo, no han hecho un verdadero estudio sobre el cristianismo, ni conocen sus fundamentos, ni tal vez distinguen sus doctrinas legítimas de las que calumniosamente le atribuyen sus enemigos. ¡Cuántas veces nos hemos encontrado con hombres, por otra parte ilustrados, que ignoraban hasta los primeros elementos del catecismo, y así hablaban de religion, de misterios, de sacramen-

tos, como podemos hablar de la lengua china los que no la hemos estudiado! ¡Cuántas veces tenemos la desgracia de tropezar con impresos de todo tamaño y género, en que se amontonan tales disparates y absurdos, que solo prueban en sus autores una ignorancia grosera de la Religión que censuran!

Esta ignorancia, pues, será causa de algunas apostasías, sobre todo si con ella se junta una presunción temeraria de entenderlo todo, si en vez de huir el peligro, se le ama y busca voluntariamente, si nos olvidamos de aquel precepto del Salvador: «Guardaos de los falsos Profetas,» y de lo que encargaban su Apóstol á los romanos, cuando escribía: «Os ruego, hermanos, que tengais cuidado con los que causan divisiones y escándalos contra la doctrina que habeis aprendido: apartaos de ellos »

No es menos, sino aun mas influyente en las caidas de los fieles el descuido y flojedad en que viven, la inobservancia de los mandamientos divinos. Oigamos lo que decia San Cipriano á su amigo Fortunato, preveniéndole y enseñándole á prevenir á otros para combates inminentes: «Jamás será buen soldado para la guerra el que primero no se haya ejercitado en la esplanada, así como jamás alcanzará la corona de luchador el que de antemano no hiciere ensayo de sus fuerzas. Aquel con quien estamos en guerra, es un enemigo veterano y esperto. Hace ya cerca de seis mil años que el demonio está combatiendo al hombre: sabe, como tan experimentado, todos los medios de tentarle, to-

das las stratagemas y ardidés para echarle por tierra. En hallando prevenido é indisciplinado al soldado de Jesucristo, le acomete sin ser sentido, le engaña sin poderse precaver, y con la mayor felicidad le deja burlado. Pero si el demonio se encuentra con alguno que guarda los mandamientos del Señor, que insiste firme en seguir los pasos de Jesucristo, el demonio es vencido: porque no puede serlo Jesucristo, á quien confesamos.»

¡Ah, queridos hermanos é hijos nuestros! Si tuviésemos la dicha de encontraros á todos en el número de esos soldados apercebidos, de esos guardadores constantes de los mandamientos del Señor, de esos discípulos fieles de Jesucristo, nada tendríamos que temer. Pero, ¿nos hallamos en este caso? ¿Podemos gloriarnos de tanta dicha? ¿Y no tenemos, por el contrario, hartos motivos para lamentar una fatal relajacion, para llorar sobre la ruina de las costumbres, para temer aun que muchos de nuestro pueblo no caerán, porque realmente están ya caidos? Los que violan sin ningun escrúpulo los preceptos de Dios y de su Iglesia; los que no piensan sino en placeres é intereses mundanos; los que viven largos años encenagados en el vicio, sin acordarse de Dios, de juicio, de eternidad, sin que los detengan exhortaciones, amenazas ni lágrimas, ni les imponga la muerte tal vez de sus mismos cómplices, ni sus propias desgracias ni las de sus familias, ¿cómo podremos decir que no están ya caidos, perdidos, subyugados enteramente por el demonio

que es nuestro eterno enemigo? ¿Qué restos de fe pueden haber quedado en ellos, cuando no se manifiesta en una sola obra cristiana?

Terminamos, pues, rogándoos á todos por las entrañas de Nuestro Señor Jesucristo que reflexioneis seriamente sobre vuestra anterior conducta: que ya es tiempo de despertar del letargo en que tal vez yacíamos: que es tiempo de aplacar al Señor enojado por nuestros pecados; que es tiempo de penitencia, oraciones y lágrimas para que el Señor nos mire con piedad, y mire con piedad á su Iglesia: que es tiempo de edificarnos y no de escandalizarnos los unos á los otros; tiempo de unir y no de destruir; tiempo de allegar y no de dispersar; tiempo, en fin, de estrecharnos todos en Jesucristo, que es nuestra verdadera paz, para que comenzando á gustar sus delicias en la tierra, merezcamos obtenerla perfecta y perpetua en los cielos. Tales son las ansias y suspiros de vuestro Pastor, mientras os otorga su bendición en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.

Zaragoza 26 de noviembre de 1868.

—FR. MANUEL, *Arzobispo de Zaragoza*.—Por mandado de S. E. I. el Arzobispo mi señor, *Dr. Fr. José Baliño*, secretario.

### CARTA

*sobre el futuro Concilio ecuménico, dirigida por Monseñor el Obispo de Orleans al clero de su diócesis.*

Hace ya un año, señores, que la

Iglesia y el mundo esperaban un gran acontecimiento. El Soberano Pontífice, ante los Obispos católicos reunidos en Roma para el décimo octavo centenario del martirio de San Pedro, y para la canonización solemne de los Santos, había proclamado la necesidad de un concilio ecuménico, y declarado también su resolución de convocarlo muy pronto.

Acaba de aparecer la Bula de indicción. El 29 de Junio último, día de la festividad de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, el Padre Santo, en cartas dirigidas á todos los Obispos del mundo cristiano, ha fijado la fecha del futuro concilio y ha convocado á Roma al Episcopado de toda la tierra.

Después de esa época el Padre Santo, en dos cartas verdaderamente paternales, ha invitado sucesivamente á los Obispos griegos no un dos y á nuestros hermanos de todas las comuniones protestantes para emprender de nuevo la obra de unidad, muchas veces ya ensayada por la Iglesia, é interrumpida por la desgracia de los tiempos.

De modo que, ya no es solo una esperanza. El primer acto necesario para la celebración del concilio, su convocación canónica, ya se ha llevado á cabo; y las Letras apostólicas conocidas ya del mundo entero, y en todas partes recibidas con alegría, en medio de las preocupaciones y tristezas del tiempo presente, han conmovido todas las almas; fijáanse de nuevo las miradas en Roma; los indiferentes, hasta los mismos enemigos, atentos, admirados, sienten que se prepara algo grande.



Y en efecto, señores, lo que se prepara en Roma y en la Iglesia es un hecho importante y solemne, cuya trascendencia suma nadie puede desconocer, que será quizás el mas grande acontecimiento del siglo.

No os extrañe esto. Si, que acontecimientos de inmensa trascendencia han marcado el principio del siglo XIX y su borrascosa carrera; profundas revoluciones se han verificado, y ayer mismo veíamos derribar uno de los tronos mas antiguos de Europa; conflagraciones y guerras han agitado las naciones; problemas pavorosos piden solucion á la hora presente en el antiguo y en el nuevo mundo. Hay, sin embargo, aun en este siglo algo superior á las ambiciones de la tierra y al ardiente interés de las pasiones políticas; y ese algo superior son los intereses espirituales de los pueblos, y esas cuestiones supremas cuya solucion importa á la paz de las almas y á los eternos destinos de la humanidad.

Y por eso, señores, es por lo que la Iglesia,—que tan poca cosa parece á ciertos hombres, y se les figura que ocupa en nuestras modernas sociedades un lugar tan pequeño, que se oye á algunos políticos aconsejar seriamente que para nada se la tenga en cuenta,—por eso la Iglesia es y permanece la mas noble potencia del mundo, porque es la potencia espiritual, y Roma, centro de esa potencia, Roma, que pronto verá dentro de sus muros á los grandes magistrados del orbe católico, será siempre, segun la expresion de un poeta, la mas bella y la mas santa de las cosas que existen bajo el sol: *Rerum pulcherrima Roma.*

¿Qué es pues, señores, esa Iglesia católica, y qué es ese Concilio que dentro de algunos meses va á presentar tan gran espectáculo al mundo?

(Se continuará.)

## ANUNCIO.

### LA REVOLUCION.

Tomamos la pluma para decir dos palabras, nada mas, sobre la magnífica obra publicada por Mons. Segur, titulada: LA REVOLUCION.

Difícilmente se habrá dado á luz en tiempo alguno un trabajo que goce con mas rigor de esta ventaja que llamamos oportunidad.

Es obra esta que recomendamos con la efusion de nuestra alma á todas las clases de la sociedad; obra que deben leerla todos los que se sienten interesados por la causa del orden y de la justicia; obra que pone de manifiesto los fines de los antiguos y modernos revolucionarios; obra que nos da remedios infalibles para preservarnos de sus maléficas influencias; obra que ha merecido los sinceros aplausos de las gentes honradas; pero sobre todo obra que se ha hecho acreedora á las bendiciones del santo pontífice Pio IX.

La tercera edicion de la obrita que anunciamos, es el libro mas barato de cuantos han salido en España. Consta de catorce pliegos en 4.º de esmerada impresion y se vende al mismo precio de un real, en las porterías del ex-convento de S. Francisco y Seminario Conciliar de esta ciudad.